

Schmocks del sentido común



Conspiran cada día contra la democracia lanzando supuestas denuncias que serían el resultado de supuestas investigaciones. Se amparan en el supuesto interés de la gente y apelan a un supuesto sentido común que años de monopolizar la palabra no les habrían otorgado el perverso poder social de construir. Reflexiones sobre el periodismo que vendió su pluma al mejor postor con la mirada crítica que el mismo no suele aportar.

Cuál es la función, la tarea, de un periodista? Ante todo, cabe decir lo obvio: es un comunicador social. Sin embargo, diariamente leemos y escuchamos a comunicadores sociales que consideran que su actividad consiste en la reafirmación de algo que se suele denominar "sentido común". Es decir, quien habla desde la radio, la televisión, o escribe desde un periódico o una revista, parece que sólo debiera contribuir a que el oyente, el televidente, el lector, se sienta asegurado en su modo de ser a partir de otro que dice "lo mismo que él diría". Un cliché de los medios de comunicación es el del "hombre de a pie", o "el hombre de la calle", noción que supone que hay un modo de ser de término medio que equipara los diferentes modos de ser de la ciudadanía.

En primer lugar, es cuestionable que exista algo así como el "sentido común" y que sea "el más común de los sentidos". Tal vez lo que sí existe es una consideración del "término medio" que crea la ilusión de que se está hablando a un público más o menos homogéneo, o al que se pretende, de algún modo, homogeneizar. Si la democracia es el espacio de la posibilidad de la diversidad de opiniones y pareceres, en principio, la idea de término medio atenta contra la pluralidad. En efecto, si hay algo desde lo que se puede igualar a los hombres, y ese algo tiene un cierto "contenido", entonces la igualdad ante la ley que caracteriza a las formas democráticas de gobierno (igualdad vacía de contenidos particulares) está en peligro de ser

menoscabada. Es esa igualdad vacía de contenidos la que permite que los diferentes contenidos y formas de ser se expresen "libremente" en el espacio democrático: la libertad de expresión, por ejemplo, no podría abarcar a sólo una parte de la sociedad (esa que se considera el término medio), porque ya no estaríamos ante una democracia.

Asociada a la cuestión del sentido común, se halla la idea de que el periodista es un paladín de la verdad y de la objetividad. Resulta casi insólito que se siga hablando de la verdad como algo que se encuentra en determinado lugar: desde la crisis de la noción de fundamento único, la verdad se piensa como una construcción, una interpretación, una perspectiva. Nietzsche señala que no podemos llamar verdad al proceso por el cual escondemos algo detrás de un arbusto y luego lo encontramos pretendiendo no haberlo puesto allí. La existencia de la libertad de opinión muestra, a través de los diferentes medios, cómo se interpreta lo que acontece de determinadas maneras. Sería menospreciar demasiado al público oyente, lector, etcétera, pretender que eso no es sabido; por ello, lo que se intenta es acallar las voces de los diferentes medios generando monopolios comunicacionales a partir de enormes capitales. Allí reina "una voz", que podría asumir pretensiones de verdadera, pero admitiendo que es "una voz posible". Sin embargo, la mayoría aplastante de los medios a disposición y el poco espacio destinado a las voces diferentes impiden reconocer

que esa es "una" de las voces posibles, y termina por ser considerada "la voz única de la verdad".

Karl Kraus llamaba "Schmock" al periodista, por remisión al personaje de la obra de Gustav Freytag (*Los periodistas*), que vende su pluma al mejor postor. Kraus representa, en la Viena de fines del siglo XIX, la figura del que desvela ese modo de hacer periodismo que "crea" la verdad que luego dice descubrir. Y, en esta construcción periodística de la realidad, el objetivo central de la crítica de Kraus fueron los poderes económicos asociados al periodismo. Su gigantesca obra de teatro, *Los últimos días de la humanidad*, es el relato de cómo la prensa aliada a los intereses financieros "construyó" la Primera Guerra Mundial. Los diálogos que se intercalan en esta obra entre el optimista (que cree vivir en el mejor de los mundos posibles) y el criticón (que desnuda palabra por palabra las mentiras de la prensa en connivencia con los magnates) representan un ejercicio constante de denuncia. Kraus asocia la tinta de los periódicos a la sangre que fluye en la guerra, y por eso puede decir que culpa del genocidio a la frase tópica. Del editor Benedikt señala: "no es sino el editor de un periódico, y sin embargo triunfa sobre nuestro honor intelectual y moral. Su simple melodía ha costado más víctimas que la misma guerra, fomentada y alentada por él. Y la estridente voz del banquero matarife que aferró al mundo por el cuello y el bolsillo es el acompañamiento elemen-

Schmocks del sentido común

tal de tan sangrienta acción".

El momento que retrata Kraus es el del comienzo del gran poder de los medios de comunicación (en su época, el periódico), con el inicio de la injerencia de estos en la vida cotidiana. Hoy no podríamos pensar la cotidianidad sin los medios, multiplicados en formas omnipresentes. La "separación crítica" de los medios que Kraus propugnaba hoy no es posible, porque aquello que llamamos "realidad" se construye en gran parte desde el poder mediático. Esta separación llevó a Kraus, en pos de la independencia, a ser el editor, redactor y único responsable de su periódico *La Antorcha*. Extremo de "independencia intelectual" que ni es posible ni es deseable en el espacio democrático, que supone la construcción "social" de la información y el conocimiento.

La actitud de buena parte de los medios de nuestro país hace pensar que dos de las tareas básicas de un comunicador social hoy en día están casi perdidas, o no se consideran ya relevantes. Una es la vocación de investigación: sería casi absurdo pensar que alguien se dedica al periodismo pero no investiga, o lo hace a medias, o no constata aquello que recibe como datos. Sin embargo, diariamente se lanzan al ámbito de lo público resultados de "investigaciones" que ocupan los titulares, con denuncias que casi siempre llevan el término "escándalo" en su redacción, y que luego, confrontadas al testimonio de los supuestos protagonistas de tal escándalo, o a los documentos que deberían avalar la pretendida denuncia, pierden todo valor. Allí es el reinado del potencial y de las fuentes propias (como si esas fuentes fueran la sede de la verdad absoluta y no, a su vez, sujetos con intereses).

La otra tarea es la pedagógica o docente. Un comunicador social cumple esa función, básicamente porque remite a uno de los momentos iniciales de todo proceso educativo, que es la información. Ahora bien, la educación es una forma de ubicarse críticamente en el mundo, de poder cuestionar los modos habituales de ser asegurados por el "sentido común". Tristemente, una parte de los comunicadores sociales aseguran los prejuicios



repetiendo hasta el cansancio consignas de ese supuesto sentido común. Confirman y reproducen prejuicios e ideologías, pero con la pretensión de la verdad. Iteran hasta el infinito lo que suponen que "el hombre de calle" siente, piensa y dice. Reafirman una cierta "naturalización" de pensamientos y actitudes, en lugar de ponerlos en crisis o, por lo menos, cuestionarlos.

Muchas veces se justifica esta actitud de reforzamiento del prejuicio con la expresión "es lo que el público quiere". Con lo cual el periodista se convierte en un dispensador de informaciones para uso de ese término medio del sentido común que él mismo fomenta, conserva y reitera. Al hacer esto, necesariamente se coloca "por encima" de ese término medio al que quiere lisonjear con informaciones de su supuesto gusto y al que, al mismo tiempo, desprecia. Lo desprecia en su posibilidad de pensar y cuestionar. Lo desprecia en su capacidad de buscar otras fuentes de información cuando hace trascender resultados de "investigaciones" avaladas en notas aparecidas en otros periódicos, en escuchas en pasillos, en rumores, etcétera. Lo desprecia cuando lanza una información para generar malestar, y luego se lava las manos con la excusa del potencial, que

lo cubre de demandas judiciales. Lo desprecia cuando tilda de "escándalo" y otros términos rimbombantes a determinadas informaciones, que por su banalidad no ocuparían ningún lugar en ningún titular. Lo desprecia cuando insiste en detalles irrelevantes frente a anuncios de obras y políticas sociales que mejoran la calidad de vida de los ciudadanos.

En diversos códigos de ética periodística de diferentes países y medios, se considera que la desinformación premeditada es una grave violación a la ética periodística. Los "Schmocks del sentido común" transgreden su código de ética cotidianamente, ya que desde el reforzamiento de lo que consideran el sentido común, y desde la idea de verdad que no reconoce su carácter de construcción (y, por tanto, de perspectiva y parcialidad), no hacen más que desinformar, porque intentan dar carácter de absoluto a lo que es un aspecto de lo real. Una actitud cínica, que refuerza su cinismo cuando sus protagonistas se postulan como adalides de la moral y denunciadores de la corrupción (que siempre es ajena).♦

* Filósofa e investigadora argentina. Directora de la Maestría en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad, UBA.